

Reseñas

La civilización empática. La carrera hacia una conciencia global en un mundo en crisis

Jeremy RIFKIN

Barcelona. Paidós (2010)

Exiguo debe ser el predicamento de la sociología cuando Jeremy Rifkin, profesor de Wharton —una de las más importantes escuelas de negocios del mundo— y posiblemente el analista global y futurólogo con más audiencia del mundo, aborda, en su ensayo más extenso y ambicioso, la colosal empresa de encontrar una salida a la crisis estructural de la sociedad industrial y omite casi cualquier referencia a las ciencias de la vida social.

El trabajo de Rifkin está muy bien documentado —fruto del trabajo de docenas de colaboradores durante cuatro años de investigación—, lo que le permite derivar del consenso global de las ciencias naturales un diagnóstico claro: la biosfera no soportará mucho tiempo la detracción de recursos ni las emisiones de gases de efecto invernadero actuales, y el grado de agotamiento de las reservas de hidrocarburos asegura que, en adelante, la energía convencional será más cara. Corolario: es imprescindible una *reconversión* de la economía global para hacerla sostenible, es decir, basada en energías y fuentes materiales renovables. De ahí se deriva (tácitamente) que implicará una sustancial reducción de los bienes *materiales* disponibles. Y con igual sigilo se infiere una conclusión expresa: para que la nueva sociedad sea estable debe ser más equitativa y justa que la actual —no puede basarse en la depauperación de los menos favorecidos (no debería *empobreecer*, en ningún caso —no hace falta decirlo— a las clases medias del mundo desarrollado; ni a los pobres del resto del mundo, obviamente), sino, al contrario, ofrecerles un

nivel y una calidad de vida dignos. Éste es el desafío histórico que afronta el siglo XXI.

Antes que dar soluciones concretas para este o aquel país o grupo de intereses, Rifkin trata de establecer *la condición de posibilidad* de que surja una dinámica global de cooperación para la sostenibilidad ecológica y la justicia social. Su respuesta es psicológica: la universalización de la capacidad de sentir *empatía* con otros seres humanos —y no-humanos—. “Solamente una acción concertada que establezca un sentimiento colectivo de afiliación con la totalidad de la biosfera nos dará una oportunidad de garantizar nuestro futuro”, proclama y, a continuación, se pregunta: “¿Podremos alcanzar la conciencia biosférica y la empatía global a tiempo para evitar el colapso planetario?” (p. 606) Todo el voluminoso ensayo de Rifkin es un intento de probar que esta solución es plausible.

A tal fin, busca primero invertir la idea de la naturaleza humana recibida de la filosofía moderna y la Ilustración. Acusa a Descartes, Hobbes, Locke, Kant, Bentham y Freud de *naturalizar* al sujeto calculador racional materialista (agresivo ‘individualista adquisitivo’) movido por un egoísta erotismo utilitario —el *homo economicus* clásico—, que sería el *artefacto* de unas condiciones sociales y comunicativas negativas; por el contrario, la naturaleza humana sería primordialmente emotiva, afectuosa, solidaria y altruista. Rifkin respalda esta aserción con una vasta sinopsis de las investigaciones científicas que, en décadas recientes, han construido esa nueva visión —y que constituye, a mi juicio, lo mejor de esta obra.

La escuela psicoanalítica de las relaciones de objeto y la teoría de la conducta de apego descubrieron, en el estudio psicológico de la sociabilidad infantil, que la afectividad y la vinculación anteceden y tienen precedencia frente a la agresividad y la libidinosidad. Ambas escuelas “vieron que nuestra especie es un animal afectuoso y muy social que anhela la compañía, aborrece el aislamiento y presenta una predisposición biológica a sentir empatía por otros seres.” (p. 82-83) Esas ‘facultades morales’ son un emergente evolutivo. Así lo muestra la observación de las relaciones afectivas en los primates y la evidencia paleontológica que indica que la inteligencia humana y la adquisición del lenguaje derivan de las exigencias cooperativas de una vida social profusa y compleja. El descubrimiento de las neuronas-espejo, que serían la base intuitiva de la empatía, y la constatación neurológica de que el razonamiento normal *necesita* de la emoción y de la sensación corporal constituye la base neurológica que explica el desarrollo psicológico paralelo de la conciencia personal y las capacidades empáticas de respuesta y aprendizaje moral.

Estos trabajos apoyan la idea de un gran potencial empático humano. No obstante, Rifkin descuida recordar que *también* somos competidores estratégicos y que las condiciones del contexto social tienen un peso determinante en la actualización de unos u otros repertorios afectivos de decisión y acción. Asimismo, nada en las eminentes investigaciones científicas que recoge justifican las digresiones epistemológicas, de dudoso tono ‘romántico’, a que se entrega prolijamente y en las que redefine en términos ‘empáticos’ las nociones de verdad, libertad, igualdad y moralidad, y hasta postula una nueva vía epistémica que superaría las limitaciones de la Fe y la Razón tradicionales. Estas especulaciones son irrelevantes para la tesis del potencial cooperativo de la empatía y poco contribuirán al cambio global. Por el contrario, pueden extender dudas sobre las partes verdaderamente sólidas de la exposición.

En segundo lugar, Rifkin procede a un reinterpretación de la Historia: ésta se dividiría en varias fases caracterizadas por un régimen energético y una tecnología de comunicación que lo regularía y, derivadamente, engendraría una forma de conciencia propia. El paleolítico

–fuerza física, comunicación oral y pictográfica– viviría bajo la conciencia mitológica; el neolítico –leña y riego más escritura–, tendría conciencia teológica; la sociedad industrial habría visto seguirse las energías eólica e hidráulica, la máquina de vapor, el motor de combustión interna, las centrales eléctricas y las energías renovables, así como los medios de comunicación impresos, eléctricos y electrónicos, dando lugar, algo confusamente, a tres formas sucesivas de conciencia personal: ideológica, psicológica y empática.

Rifkin resume: “las sinergias creadas por un régimen de energía y de comunicaciones facilitan el desarrollo de unas organizaciones sociales más complejas que, a su vez, forman el contexto para un cambio cualitativo en la conciencia humana. Estos cambios en la conciencia se traducen en una dialéctica entre una oleada empática creciente y un aumento del déficit entrópico. En esta dialéctica, la oleada empática suele llegar al máximo cuando también llega al máximo la energía que fluye por la sociedad (...) Cuando las externalidades entrópicas acaban superando el valor de la energía que fluye por las infraestructuras de la sociedad, la civilización se marchita y, en algunos casos, acaba por desaparecer. (...) La interacción entre una oleada empática y un déficit entrópico suele acabar en desastre –aunque no siempre–.” (p. 246-7) Y de aquí infiere que el momento actual es *entrópicamente crítico*: “La factura entrópica que nuestra especie ha generado afecta ya a toda la Tierra y amenaza con extinguirnos masivamente” (p. 605)

Dejando de lado que, en su afán por encumbrar la empatía, Rifkin llega a insinuar que es por afán de potenciar su sociabilidad que los seres humanos idean nuevas tecnologías y persiguen el crecimiento económico, el punto más débil de su lectura es que no integra ninguna consideración de cómo las condiciones sociales de entorno influirían en la transformación de una supuesta forma de conciencia personal específica en modos de acción social concretos –histórica y culturalmente tan diversos. Probablemente porque no pretende *explicar* sociológicamente ningún suceso particular sino *probar* que, en el presente, existe ya, embrionariamente, la forma de conciencia que permitiría salvar cierto ideal emancipatorio de la sociedad

moderna/industrial –el ideal liberal (en el vocabulario político estadounidense, socialdemócrata en Europa).

Ofrecería evidencia de ese hecho la Encuesta Mundial de Valores que dirige Inglehart, que indica una alta correlación entre un cierto umbral de bienestar privado y servicios públicos y la extensión de valores post-materialistas, así como una tendencia a la universalización de la empatía (*al menos* entre los jóvenes de países avanzados), que se manifestaría, por ejemplo, en el auge del voluntariado. También la proliferación y éxito de programas pedagógicos basados en la empatía, que consigue que haya entre los alumnos menos violencia, más cooperación atencional, deseo de aprender y pensamiento crítico. No obstante, otros datos son más ambiguos: los jóvenes de la era de las ‘redes sociales’ telemáticas oscilan entre el narcisismo de la autoestima ciega (o el sueño de ser famosos) y un mayor apego a sus allegados y el altruismo de un voluntariado más cosmopolita y biosférico. El ‘Yo’ es cada vez más relacional, pero sus ideas pueden ser cada vez más vicarias y estereotipadas; sería un yo-social ‘dramatúrgico’ que puede ser tanto sincero y *auténtico* como *hipócrita* e histriónico.

La importancia de estos datos aumenta por la escasa evidencia de cambios *infraestructurales* en la dirección –que apunta tímidamente– de la *desmaterialización* y la *democratización* de los mercados. Las redes de producción eléctrica con energías renovables donde edificios y vehículos sean centrales, unidas a una infraestructura del hidrógeno como medio de almacenaje, y administradas por ‘redes inteligentes’ capaces de gestionar eficientemente ese mercado energético atomizado de productores-distribuidores están en fase de concepto. La dificultad de su materialización no se examina. La evidencia de mercados que prosperan por renunciar a algunos derechos de propiedad intelectual, por desmaterializar sus productos, por derivar de la venta de productos al alquiler o venta de ‘derechos de acceso’ o a la prestación de servicios derivados de su uso es, lamentablemente, anecdótica.

Ciertamente, sí hay un creciente interés político y mediático por dar pábulo, por ejemplo, a los estudios sociológicos que muestran que la ‘felicidad’ se compone de un nivel ‘suficiente’ de seguridad y bienestar material y de la riqueza

de los vínculos de afecto y solidaridad social. O a los cada vez más numerosos y diversos índices de ‘bienestar humano’ que miden la *calidad* de vida –frente al *nivel* de vida, inferido del de transacciones mercantiles: PIB. Una sociedad económicamente más modesta e igualitaria y con más conciencia social sería más feliz. Bien. Después de todo, el crecimiento *material* es una estrategia económica inviable. Bien, también. Pero miles de millones de personas que han nacido y crecido en la sociedad de consumo de masas, o que aspiran a participar –algo o algo más– de ella *quieren* –y los pobres *necesitan*– más *cosas*, y desconfían de cualquier panegírico apenas edulcorado de la perspectiva de tener que adoptar alguna forma de ‘minimalismo material’ –que durante demasiadas décadas se ha venido denominando despectivamente ‘pobreza’.

La mayor carencia del análisis de Rifkin es que desconoce o ignora las condiciones *de ecología institucional y situacional* que transforman, o no, cierto grado de empatía en actos efectivos de solidaridad –la acción *social* cooperativa por antonomasia. Ni la obra de la última Nobel de Economía, la politóloga Elinor Ostrom, que ha investigado exhaustivamente las condiciones sociales de la cooperación auto-organizada, ni el trabajo del sociólogo Randall Collins, colega de Rifkin en la Universidad de Pennsylvania, que ha mostrado cómo el *sentido* de la acción personal se deriva de los símbolos de solidaridad colectiva compartidos y cargados de energía emocional en los rituales de interacción social se mencionan en este libro. Y ambos parecen de cierta relevancia para pensar cómo podría la vivencia empática desplazar al consumo competitivo del centro de la vida social global.

Sin una mayor empatía, opina Rifkin, la transición a ‘la sociedad sostenible y equitativa’ es imposible. Seguramente. Pero sin un conocimiento sociológico minucioso de cómo resolver en beneficio general los dilemas de acción colectiva que se plantearán en innumerables ocasiones y contextos a lo largo de los próximos y decisivos años, las probabilidades de éxito y el alcance de éste parecen predeciblemente exiguos.

Juan Manuel Iranzo
Zaragoza, 21 de junio de 2010